

# El sexenio corto

José Fernández Santillán

**E**n unos cuantos días más se presentará el tercer Informe de Gobierno. Ciertamente los rituales han cambiado. De aquellas ceremonias faraónicas de la época de oro del presidencialismo autoritario y de la hegemonía del partido oficial, en las que todo era loas al jefe del Ejecutivo, pasamos a la transformación del 1 de septiembre en ocasión propicia para que la oposición le cobrara las cuentas pendientes al primer mandatario, haciéndolo blanco de interpellaciones, improperios y ataques de variado género.

Tardamos en modificar el formato del Informe para que, en vez de presentarlo verbalmente ante el Congreso de la Unión, se tuviese que entregar tan sólo por escrito. Lo paradójico es que quienes pugnaron por evitar que el Presidente hablara ante la máxima tribuna de la nación en esa fecha ahora solicitan que se apersona para que dé cuenta de la situación que guarda el país.

Vaya usted a saber en qué va a terminar el arreglo; es decir, si sólo se tenga que exhibir el documento escrito, si el Presidente sea recibido en el recinto parlamentario para que haga uso de la palabra o sí, como sucedió el

año pasado, el inquilino de Los Pinos opte por montar una ceremonia alterna para continuar con la costumbre de hacer del 1 de septiembre no el día del Legislativo, sino el día del primer jefe de la nación.

Se quiere mantener en pie, aunque sea por medios ortopédicos, las formas, en tanto que la fuerza real del Presidente sin duda ha venido a menos. Se quiere ocultar así que el eje del poder en México se ha ido desplazando del Ejecutivo al Legislativo.

Esta mutación es producto de la pluralidad política que se plasmó, hace 12 años, en un Congreso en el cual el partido del presidente ya no tuvo la mayoría para aplaudirlo y aprobar en automático sus iniciativas. En este lapso ningún partido alcanzó la mitad más uno de los escaños para legislar sin necesidad de aliados. El proceso de cambio en la relación entre el Ejecutivo y el Legislativo tendrá un momento rele-

vante el próximo martes cuando se instale la 61 Legislatura, en la que habrá una coalición de mayoría diferente del instituto político al que pertenece el jefe del Ejecutivo.

Se trata de un sonado revés sufrido por Felipe Calderón y el PAN en su intento por hacerse del control de la Cámara de Diputados para gobernar en solitario. Como se recordará, los panistas montaron una campaña de lodo contra el PRI para mermar sus bonos; pero la jugada no les salió. En este lance no se percataron de que se estaban cercenando el piso. El proyecto calderonista se vino abajo; la ciudadanía le dio la espalda el 5 de julio pasado y el resultado es una especie de "sexenio corto": los próximos años Calderón se tendrá que poner de acuerdo con un Congreso que no dominará.

Convengamos en que el vetusto presidencialismo ya no corresponde a la fisonomía política y social del país. Tendríamos, por tanto, que adoptar alguna modalidad cercana al parlamentarismo que diera estabilidad a la nación, o sea, en la que una mayoría estable pudiese nombrar un gobierno al cual sometiese a controles estrictos: llamarlo a cuentas permanentemente, y no nada más para cubrir las apariencias cada 1 de septiembre como lo marcó el arreglo autoritario.

Luego entonces, una de las primeras tareas a las que se debe abocar la Legislatura entrante es retomar el tema de la reforma del Estado para darle santa sepultura al presidencialismo.

## CALDERÓN

TENDRÁ QUE  
TRABAJAR CON  
UN CONGRESO  
QUE NO  
DOMINARÁ

[jfsantillan@itecm.mx](mailto:jfsantillan@itecm.mx)

Académico del Tecnológico de Monterrey (CCM)

